

Los traductores también cuentan

España es un país de malas traducciones, pero de buenos —pocos— traductores. Aunque la culpa de lo primero, conviene recalcarlo, la tienen la frivolidad y falta de profesionalidad de ciertos —muchos— editores. Por todo ello, hay que felicitar-se de que, después de intentar suprimirlo, el Ministerio de Cultura decidiera al fin —el escándalo que se organizó fue decisivo—, no sólo mantener, sino incluso triplicar el Premio Fray Luis de León para traductores. Los tres de este año han correspondido a unos profesionales que son la honrosa excepción



Esther Benítez.

que confirma la triste regla. Al poeta José María Valverde, por su versión del *Ulysses* joyceano, el destinado a traducciones de lenguas anglosajonas. A Esther Benítez se le ha concedido el de lenguas románicas, por *Nuestros antepasados*, de Italo

Calvino (Alianza Tres). Calvino es un autor con suerte en nuestro país, porque la versión castellana de otra de sus obras, *La Especulación Inmobiliaria*, mereció ya el mismo premio en 1974. Su traductor entonces era Angel Sánchez Gijón. El premio destinado a lenguas clásicas —el año que viene, será para eslavas y orientales— ha ido a parar a Carlos García Gual, por su traducción de *Vida y hazañas de Alejandro Magno* del Pseudo-Calístenes.

Incluso ha habido otro galardón, dotado, como cada uno de los anteriores, con 200.000 pesetas, destinado a la traducción de literatura infantil: ha correspondido a Marta Luisa Balseiro, por *Dragón, dragón*, de John Gardner (Alfaguara) ■

PREMIOS NACIONALES

Carmen Martín Gaité y Carlos Bousoño —una narradora y un poeta—, con una segunda actividad común: la del ensayo. La primera, que ya fuera Premio Nadal en 1957 con *Entre visillos* y que ha añadido desde entonces a su obra novelística libros históricos como *El proceso de Macanaz* (1970) y sociológicos —*Usos amorosos del siglo XVIII en España*—, ha merecido el Nacional de Literatura de este año por su relato *El cuarto de atrás* (Destino). Bousoño, quien, como poeta, fuera ya en dos ocasiones premio de la crítica —*Oda en la ceniza* (1957) y *Las monedas contra la losa* (1973)—, ha recibido el equivalente de ensayo por *El Irracionalismo poético y el símbolo* (Gredos). Bousoño había sido también Premio Fastenrath en 1952 por su *Teoría de la expresión poética*, que anticipaba algunas de sus investigaciones contenidas en el libro ahora galardonado. Por último —*fast but not least*—, el Nacional Marcelino Menéndez y Pelayo lo ha recibido por segunda vez (la primera lo consiguió en 1964 por *Los españoles de la Ilustración*) el historiador Vicente Palacios Atard. La nueva obra del catedrático de la Universidad de Barcelona se titula *La España del siglo XIX (1808-1898)* y está publicada por Espasa-Calpe. ■ JOAQUIN RABAGO.



Carmen Martín Gaité.

aquél pretende poner en práctica, y por una llamada a los ancestros campesinos de su sangre, que encuentran en Moira un complemento. Por encima de la anécdota, *El hombre de arena* tiene su máximo interés en el tono, melancólico, calmo, más propio de la ensoñación; la distancia del narrador respecto a lo narrado está tamizada por su personalidad, llena de dudas, de deseos reprimidos, de pasiones de mayor tibieza que calidez incendiadora. Es un narrador, Marc, reflexivo, pausado, de tono melancólico, que escribe, "ahora que la guerra ha destruido en mí todo aquello en lo que yo creía. Así que me enterraré durante dos o tres años en algún sitio". Ahí estaba el mayor mérito de esta novela, no en su anécdota, en esa edificación de una ciudad que se convierte en disculpa para

las reflexiones y la existencia del narrador; y su lenguaje moroso, salpicado de descripciones, de metáforas inesperadas, de un culto nada dramatizado hacia lo misterioso de la realidad, hacia la magia de las cosas cotidianas. ■ MAURO ARMIÑO.

JAZZ El juguete de Lennie Tristano

El paso de los años cuarenta a los cincuenta vio el apogeo de una forma —mayoritariamente blanca— de concebir el jazz que los críticos, apoyados en el título de una grabación ilustre, denominaron "estilo cool". Para la mayoría de los a él teórica-

mente adscritos, la etiqueta resulta estrecha. En algunos casos, sin embargo, funciona: pienso principalmente en el núcleo formado por un pequeño grupo, del que cabe destacar a los saxofonistas Lee Konitz y Warne Marsh, en torno a la figura del pianista ciego Lennie Tristano.

El ajedrez, dijo el humorista, es un juego que desarrolla enormemente la inteligencia para jugar al ajedrez. La realidad es que quien descubre el ajedrez, o cualquier otro juguete perfecto para la mente, descubre también la ociosidad de pensar en otra cosa. Lennie Tristano inventó una manera de jugar con la música que se extendía hasta el infinito, pero que, más perfecta que los abalorios de Hesse, no servía para nada.

Un cool así de hermético no estaba al alcance de muchos, y

por ende no dejaba muchas posibilidades de subsistencia. Afortunadamente, eran pocos los que lo concebían así; la mayoría de sus practicantes le encontraron rápidamente una vertiente positiva tras los atriles de cómodos estudios, desde los cuales nos han regalado y nos siguen regalando esa música impecablemente pensada, arreglada y ejecutada, que nos llega, por ejemplo, a través de las bandas sonoras de películas y telefilms. Algunos con más redaños han llegado a mantener grupos estables; los veteranos, incluso orquestas, por más que las últimas de Stan Kenton dieran la impresión de un comedido grupo de escolares que recibían una clase práctica a la vista del público.

Al final, hasta Konitz ha llegado a salir del ámbito de los especialistas y hoy día hay muchos que le aplauden y dicen que le entienden; el mismo Warne Marsh triunfa como arreglista intérprete dentro del espectáculo grupo Supersax. Sólo Tristano, demasiado en su papel de líder intelectual, se quedó sin buscar salida. Dedicado cada vez más a la enseñanza de sus particulares métodos, fue perdiendo el contacto con el público. A partir de 1960 se reseñan a duras penas unas esporádicas actuaciones en un club; tengo también noticia de un disco grabado en Japón, un concierto en un festival británico y un programa de televisión —cultural, por supuesto—, en el que se dignó a tocar un poquito el piano. De vez en cuando aparecía su firma en la sección de "Cartas al director" de algunas revistas, no necesariamente musicales: en escasas líneas, sacaba la cara por Diana Ross —su cantante favorita—, o decía que tal o cual pianista, que nadie conocía, era el más prometedor del momento; por rara casualidad, todos eran alumnos suyos.

Ahora nos llega la noticia de que ha muerto. Cuando un personaje desaparece, los comentaristas eligen entre exhibir acerca de él unos conocimientos enciclopédicos —que copian de las enciclopedias—, o dedicarle una despedida emocionada, plagada de lágrimas de cocodrilo. Las enciclopedias dicen poco de Lennie Tristano, y yo no puedo